

Poesía

---

**LA TRISTEZA DEL CAMINO  
CAMPAÑA FLORIDA**

**PORFIRIO BARBA-JACOB**

*Hasta los riscos antioqueños y para el alma de F. Jaramillo Medina, vibradora como cristal, lejana como una constelación... alma de poema y de balada, de flor y de estrella, de niño y de hombre;*

*Para Aquel Solitario:*

*Que se halló en la mitad de mis años floreciendo su oro, y se tornó a enhebrar, gloriosamente, ritmos nuevos, y me sostuvo un poco, y no amaba mis crisantemas sino iba poniendo por la noche rosas y campánulas en el gramal, bajo el incendio opalino y sumaba con la fantasía madre- perlas, y eso dizque era un poema;*

*que no amó la virtud de mis campos, pero en estando ante ellos, tan serenos, tan frescos (sobre el esquinar del vallado unas flores rojas; el paisaje abierto en la lejanía: aroma en las brisas) con grandes voces turbó el aire, y enviaba a la Tarde muchos versos, y corría igual que lo hubiese hecho Maín Ximénez; y yo de alegre me dejé caer sobre el llanto y pensaba: ¡eso también es un poema! (y los caminantes murmuran, arreando las recuas, de "aquellos sin oficio"-*

*y estuvo ante la magnitud de mi desamparo, Aquel Día, con la corona de extrañas moradas y un gran lazo de cinta, como diciendo: recibe esta serenata a tu dolor: recibe este racimo de notas (y era un racimo de notas lila trenzada por las manos de mi novia...*

*y silenciosamente sueña en mi alma y vibra y me acompaña hasta mi gruta en los plenilunios...*

*RICARDO ARENALES*

---

## LA TRISTEZA DEL CAMINO

En la misericordia del crepúsculo,  
bajo la azul magnificencia ignota  
tendí los ojos a mirar... Pasaba  
el verso luminoso con que cierra  
la estrofa lila de la tarde:  
el verso  
postrimero, magnífico y cobarde

que despierta el misterio y la poesía  
yo no sé si en el alma o en las cosas...  
En la extensión lejanamente muda  
surgió a mis ojos la montaña, entonces  
en clámide opalina arrebujaada  
como un ensueño de poeta. Y luego,  
sobre la falda que en declive fácil  
se extiende en el risueño laberinto  
donde florecen los penachos blancos  
y las desolaciones más lejanas...  
donde duerme su exilio algún ignoto  
anhelo pecador; donde se erige  
la floración divina del misterio  
como una obsesión conturbadora  
de sangre y sangre, apareció el camino.  
Ese viejo camino, rojo y largo,  
que arranca de la margen del arroyo  
a profanar el ópalo del monte  
y va –tras el secreto de la cumbre-  
en busca de inauditos valladares,  
y se apaga por fin, pálidamente,  
como una esperanza fugitiva...

Yo le he visto una vez como si fuera  
un luminoso resplandor alegre  
en la monotonía del paisaje,  
o franca nota juvenil, o una  
sonara carcajada en el silencio  
de la meditación... Y yo le he visto  
a veces, dolorosamente  
surgir en el azul lejano  
de la vieja montaña más discreta  
cual si anduviese a contristar la dulce  
vaguedad del confin... (así, en el alma

do a veces surge el monte del sueño  
pálidamente azul, pálidamente,  
algún pesar el desengaño aviva,  
algún viejo dolor se despereza,  
como una obsesión conturbadora  
de sangre y sangre, en ese azul piadoso)

Otra noche de Mayo hube pensado  
con un dolor vibrante como una  
filosa daga vibradora y fina,  
que estaba la vereda en su mutismo  
cansada de existir bajo la arcana  
simplicidad del éter impalpable,  
y que al vele tan lejos y tan vago  
le acongojaba contemplar el cielo...  
y a solas de mis versos el espíritu  
le ofrendé en homenaje, y mi tristeza.

Y he tornado a pensar que alguna noche  
en ronda jubilosa de mis ensueños  
de la sierra por el viejo camino  
se marchaban al mar peregrinando,  
y que yo –doloroso y doloroso-  
siguiendo con mi cruz bajo la sombra  
sus huellas de mirífico perfume,  
alguna vez a hallarlos tornaría-  
acaso retozando en la ribera...  
-Vana alucinación del pensamiento!  
los sueños no se van por un camino,  
se tornan viejo y se ponen pálidos  
o se echan a volar –bajo el crepúsculo-  
en las límpidas alas de la música  
o en las alas ligeras de los versos.

A ver, viejo camino taciturno...  
Cuéntame ahora tu congoja. Dime  
de tus hondos pesares, sensitivo,  
que yo soy taciturno y sensitivo  
también, como eres tú, bajo la muda  
penumbra de mis desolaciones...  
y déjame que aprenda en tu leyenda-  
y déjame inquirir en tus secretos  
alguna mal desenterrada historia.

Háblame de tu génesis –Del hondo  
crujir y del gemido plañidero  
de los robustos troncos milenarios  
cargados de perfume y de follaje,  
que cayeron al golpe, bajo el día,  
tal vez gloriosamente frutecidos-  
o al vibrar la canción de los amores  
en el epitalamio de sus nidos  
y en el epitalamio de sus flores...

¿Fue alguna heroica y atrevida raza  
de musculoso puño prepotente  
la que blandió sobre del viejo roble  
al son de un estribillo el hacha ruda?  
¿Dónde están esas manos, tú no sabes-  
esas jóvenes manos victoriosas  
que llevaron la pica en el dormido  
flaco de la montaña?... aquellos ojos-  
de los laboradores de la sierra,  
en cuyo fondo de un hondo pensamiento  
erótico dormía: aquellos nobles  
ojos que retrataron la maraña  
y en que paso a la tarde algún enjambre  
de visiones de amor?... y aquellas bocas

tan sensuales –las más sensuales bocas-  
abiertas a la música del verbo  
radioso, jubiloso y bullicioso...?  
-dónde están esos ojos vagadores,  
dónde están esas manos y esas bocas...?  
¡Es que tal vez soy savia de esa savia,  
pero ya sin virtud... tengo las fuerzas  
débiles, y los ojos afligidos  
y el brazo pusilánime y cobarde...

A ver, viejo camino taciturno...  
Háblame de la bulliciosa fiesta  
bajo el satín especular del cielo,  
cuando fue una ocarina fugitiva  
cada arroyo, y un dístico vibrante  
de sedeña blancura en el espacio  
cada pareja de palomas; dime  
de cuando fue la espiga en los frondosos  
trigales tan risueña y tan madura,  
y tuvo más cantares la fontana  
lejana para enviarte en su indiscreta  
racha de los alcores, y propicia  
mente fue un incensario el solitario  
repliegue de los montes verdinegros;  
mientras bajo la gloria de las cosas  
y ante aquella triunfal policromía  
que cada valladar orló de rosas  
por una rosa más hermosa –el día-  
en tu sangre y tu horror de Prometeo  
sus huellas y sus huellas imprimía  
una pareja núbil y temprana  
de núbiles amantes:  
era alguna  
doncella montesina y turbadora,

(timidez en los ojos de gacela,  
alegre matinada en la mejilla  
y fosca medianoche en los cabellos)-  
madura ya para el amor y el fruto;  
era un bizarro joven montesino,  
retoño de los árboles mejores,  
madura ya para libar el vino  
más rojo en el festín de los amores.

Y eran una pareja, una pareja  
tras la fascinación de la capilla  
para ofrecer su floración de ensueños  
ante la albura del ara  
como un fresco manojo de capullos.  
(...¿Y el árbol más temprano y más florido  
del sendero: que alzaba gayamente  
sus ramas y brindaba la cosecha  
ubérrima –un pisquín o un algarrobo-  
que en la fiesta triunfal de himeneo  
enredó las canciones y las risas-  
¿cuántos lustros hará, viejo camino,  
que, decrepito y mustio –ya sin savia-  
se rindió, como un ídolo que cae,  
despertando el silencio de la noche  
con la modulación de su quejumbre...!)  
Háblame del horror de una conciencia,  
de la extraña expresión de unas pupilas  
y de la crispatura de unas manos  
en la hora sin límites del drama  
sobre tus flancos de silencio pleno,  
entre la soledad, bajo la ruda  
tiniebla luto y luto de la noche,  
cuando algún extraviado caminante-  
un mendigo tal vez o alguna vieja

de allende los sinuosos lineamientos-  
bajaba por la zanja de tu encono  
como un ebrio fantasma silenciario.  
Háblame el verbo –en noche y en pavora  
cual una esponja saturado- de esas  
desolaciones insondables;  
en la inmisericordia que me hiere  
brota un anhelo –floración maldita!-  
de inquirir las historias de otras almas  
sin báculo y sin lumbre y sin auxilio  
que estuvieron temblando entre la sombra  
y bajo el desamparo de su exilio.  
Háblame de ese horror. Sobre la herida  
Del lacerado espíritu lejano  
que nunca abordaré, será mi verso  
como un poco de bálsamo: mi verso  
como una piedad: mi pobre verso  
como un desagravio de rocío  
por aquel gran rencor del abandono...

Y dime, fugitivo taciturno...  
La jubilosa turba de rapaces  
que algún atardecer, y por los nidos  
o acaso por las frutas agridulces  
profanara tu bosque y tu silencio:  
uno, de manos pálidas –hermosas  
manos blancas exangües;  
otro, de rubios rizos bullidores  
donde el sol ponentino centellea;  
éste, con las pupilas como extraña  
fascinación de cielo; el más alegre,  
de crenchas de abenuz que a veces fingen  
manchar la albura de la piel; risueño  
aquél, con los carnosos labios sangre



y con los adormidos ojos luto;  
y todos en la frente y la mejilla  
la santificación de un beso: el solo  
beso tibio de alma y no de boca-  
responde, fugitivo taciturno:  
la ronda de granujas que llenara  
bajo el amor glorioso de la tarde  
tu soledad de risas infantiles,  
de inauditos perfumes tu misterio,  
tu invierno de bullente primavera  
y tus años huraños de caricia  
¿a dónde han ido? –en el combate cuáles  
cayeron- aún tempranos y reidores?  
cuáles al encenderse la mañana  
de la maduración? Cuáles cruzaron  
sobre el vórtice de la vida?  
Y dime –cuáles se quedaron solos-  
Acaso he sido el único? Responde!

Viejo camino,  
viejo camino doloroso...  
Dime la historia más amarga: aquélla  
de los sueños en ópalo, y los sueños  
en flor como campánulas azules,  
que de improviso en una mar de sangre  
sobre góndolas rotas y lejanas  
bebieron el horror de los naufragios.  
Háblame del recluta, del ingenuo  
mozo para la brega con los robles,  
que fue tras el clarín de la batalla,  
como un tímido ciervo, entre cordeles-  
y al hollar otra vez por sus nativos  
campos el senderuelo de la sierra,  
y al retratar, lejano, el penumbroso

silencio de sus árboles  
y el perfil más azul de su montaña,  
más allá de la cual le lloran unos  
ojos- los de la anciana que parece  
como una piedad encanecida-  
y le espera en la noche alguna dulce  
boca llena de miel para su boca-  
rodó, tal vez del proyectil al golpe,  
bajo el arco de palmas de la umbría,  
sobre el árido polvo, en la refriega,  
y te manchó de sangre en su agonía  
y en el último escorzo de la brega,  
al doblarse como un lis...  
Cuéntame algún peregrinar lejano-  
el de la más remota primavera  
que se vistió de luto.  
Fue por una  
pudorosa beldad de la montaña,  
que cayó como un lirio, mansamente,  
en las gélidas playas de la Noche,  
erecto el seno túrgido, la albura  
del flanco sin mancilla: encadenados  
bajo un sueño los besos en la boca,  
el alma una redoma con esencias,  
y en el triunfo glorioso de la carne  
la secreta virtud de los capullos.  
De un crepúsculo tibio en el milagro  
le sirvió de capilla su nativa  
montaña, bajo el arco de los cielos:  
la plañeron las auras, desgranando  
sus manojos de notas en las lianas  
o al filtrarse en los sauces del cortijo;  
vinieron a velarla cien cocuyos,  
como cirios viajeros y discretos,

en luminosa procesión: y al día  
tristemente –bajo la matinada-  
pasó dormida y sonreída, en una  
caja muy blanca, para el cementerio.  
Tras el albo ataúd, se oyen las voces  
De los peregrinos...  
(Cayó la tarde:  
y de aquella luctuosa romería  
retornan –hacia el monte- los Hermanos.  
Son los Hermanos. Yo también  
tornaré, me voy con ellos...)

Comparemos abismos, viejo amigo,  
Camino doloroso...  
Dí ¿qué siente tu sangre cuando asoma-  
y qué sienten tus años- cada nuevo  
amanecer del cielo? Tiembas? O eres  
en los agrios peñones de la vida  
impasible? Responde. Y cuando rueda  
sobre tu longevidad de proscrito,  
cargado con sus soles y sus soles  
el Tiempo... y cuando viene como una  
desolación lejana, del misterio  
del monte –viajadora entristecida-  
la Tarde; y cuando pasa con su oro  
y su polífono rumor la unciosa  
noche del plenilunio...?

Viejo camino, viejo  
camino taciturno...  
Yo te he visto otra vez a las primeras  
lluvias de Mayo, alegre como una  
lira: tenías flores, muchas flores,  
aroma entre tu viento, mucho aroma;

y yo, bajo tu gloria, jubiloso  
marchaba lentamente, como si  
erigiese mis cinco primaveras  
igual que cinco uvas. Era el tiempo  
lejano, el más lejano... el tan lejano...  
Recuerdas?... (y me dio sobre la boca  
Sus besos, y besé sus manos blancas  
y sus cabellos –negros todavía-  
¡besos, cabellos, manos que una alegre  
mañana de dolor se me murieron...!)

Y he tornado a mirarte: era un verano  
del cielo y el invierno de mis ojos;  
ya tú estabas sin flores y sin brisas  
bajo aquella inclemencia, sin romanzas  
de fugitivo manantial: yo era-  
cansado peregrino- casi un viejo  
y estaba más que tú sin primavera,  
sin tibio Mayo y sin reflejo...  
Y quise alguna noche, diluirme  
en un rayo de lumbre de tu aurora,  
ser un perfume que arrastrara el viento  
sobre tu gran desolación; que el alma  
se uniese -.en una nota de tu arroyo-  
a la canción mejor: y que a tu vera,  
en un recodo de silencio, el leve  
fardo de carne en que me animo, un día  
abonase en tus árboles radiosa  
floración de convólvulos azules  
que tuviesen el alma de mis sueños,  
el alma de mis sueños de poeta,  
Adiós, viejo camino, tú que llevas  
a mi verde campiña abandonada,  
a mi antigua heredad abandonada,

a mi casa paterna abandonada...  
Cuando yo me haya muerto, el mismo cielo  
seguirá cobijando tus veranos,  
cuando yo me haya muerto, el mismo ignoto  
confín se llenará con tu algazara  
de rojo bermellón...  
y algún poeta  
de brazo pusilámide y cobarde,  
buscará tu leyenda y tus historias  
bajo las versos lila de la tarde  
y en la mañana fúlgidas y austorias.  
Cuando yo me haya muerto, de los riscos  
vendrán hasta el amor de tus laderas  
en busca de los pájaros ariscos  
los rapaces de sueltas cabelleras.  
Cuando yo me haya muerto, jubilosas  
las gentes te hollarán con su coturno,  
tendrás pesares, te orlarás de rosas,  
¡viejo camino, viejo camino taciturno...!

---

*A ti, Leopoldo de la Rosa, mi buen hermano intelectual, cuyo espíritu a través de los horizontes veo abrirse a la caricia de mi pobre manojito de vibraciones, dedico esta Campaña Florida.*

*Al menos tú, sabrás adivinar en ella el gesto lírico de quien vive para la Poesía y por la Poesía...*

*Nosotros, los hermanos en el amor y el dolor, guíamos en la llanura de la vida nuestros pasos por opuestos caminos. Cuáles, en busca de plantíos de ricas mazorcas, palmeras enhiestas, frutas melíferas, cuáles, al encuentro del monte en cuyas entrañas se oculta un tesoro de oro para fundir monedas, un tesoro de invictos diamantes para engarzar en las*

*sortijas, un tesoro de las mujeres... Los menos, en cambio, no a los paraísos ubérrimos, no a los filones que deslumbran, sino primeramente a las grutas de la Quimera, vamos peregrinando.*

*Cuando hacemos alguna romería bajo el sol, y nos sonríe la mañana, y en el azul de los montes apacentamos el anhelo de nuestros ojos, puede que nos sorprenda una vibración tan extraña de placer, un placer tan extraño de gozar de la vida, que hasta nos echemos de súbito sobre el césped –al modo que lo hiciera Angel Ganivet- para morder la yerba olorosa...*

*Si hacemos un luminoso paréntesis de luna y de versos en las noches de Enero, en las pálidas noches de Marzo, en las septembrinas noches conturbadoras, y hay una propicia tranquilidad para el ensueño, y palidecen las estrellas, y las almas en peregrinación se abren a lejanos aromas, entonces el placer emotivo suele ser de silencio, de secreta armonía espiritual...*

*Parecer ser, sin embargo, que las penumbras temblorosas, y la música interior de los espíritus ante el paisaje glorificado por la fiebre y la luna, y los matices de la noche, y el rumor de la noche que abre su seno a la honda caricia del mar, no son susceptibles de que se les aprisione en la malla de las palabras... ¡Hay tan pocas palabras que sean de cristal por la transparencia luminosa y por la rara vibración tenue y discreta!*

*Podemos –esto sí- alargar a nuestros hermanos el búcaro de las sensaciones recogidas cuando hicimos la romería bajo el sol. Empero, dízque hay que esconder la cabriola de la sinceridad –de la honda y profunda sinceridad- como se esconde una llaga lastimosa... Porque he aquí que los que van hacia los paraísos de la gula, y hacia los mágicos veneros y hacia el bullicio del mercado, pondrán un gesto de reproche y desconfianza cuando se apague casi, a lo mejor de la fiesta, el hilo de oro de la flauta, o cuando se alce, a la hora del miedo y la tempestad, en notas de amor y alegría el himno ferviente...*

*Cómo -¡Porque un niño de ojos azules pasa por la campiña riendo, os ponéis a llorar! Y porque las palmas tiemblan bajo la tarde, dáis un grito! Y porque están los campos reverdecidos y el monte coronado de nieblas y es tibio el sol matinal, ya estáis hablando de la muerte! –Ayer cantábais la tristeza del viejo camino que va a la heredad, y ahora se diluye en vuestras estrofas una alegría extemporánea...*

*Cómo!*

*-He aquí los reproches.*

*Sólo que el poeta que de veras lo es, no amolda su corazón a una tesis, ni mete esponjas en el secreto de sus lágrimas, ni ha de encadenar el becerrillo divino y loco de la risa.*

*Y aun podríamos agregar que hay ánforas de oro antiguo, y ánforas de cristal, y humildes ánforas de arcilla. Amén de que, llevándote de la mano, oh impiadoso lector! –quién sabe qué ocultas revelaciones sorprendieran tu alma...*

*Porque se sabe de un noble antepasado, campesino de la tierra jugosa del Porce (no paseó nunca los ojos por sobre los poemas de Wordsworth, ni conocía las luna pálidas de Musset, y era áspero y rudo) que amaba los lagos, y se alegraba insólitamente en los plenilunios, y estuvo todos los años recreándose con la verdura de sus maizales...*

*Se sabe de su compañera –una bizarra y real hembra de los campos, ingenua y sencilla- que amó las perlas de intenso color, y las parásitas maravillosas, y no rezó en sus días ante estatuas de escultura imperfecta...*

*Se sabe de la heroica mujer maternal –aun no tan lejos!- sensitiva y discreta, que en las noches fecundas, bajo la luna, tocaba fervorosamente su guitarra española y decía versos de Garcilaso y de San Juan de la Cruz, y versos propios –con secreto designio- mientras sus ojos y su alma y sus labios sonreían a una lejana visión adorable...*

*Sábese del amado varón genitor, que hizo con palabras, en la edad juvenil, aderezos de oro a la manera de Becquer y Heine; y antes fue subdiácono; y después se convirtió a Darwin, y en seguida luchó con rudeza porque la hermana Humanidad enderezase sus pasos por más propicios senderos; hasta que, tras el excepticismo final y ocultos dolores, en un silencio de crepúsculo ponía sobre la aridez de sus años marchitos la síntesis admirable del poeta: La chair est triste, hélas!, et j'ai lu tous les livres!*

R.A

## CAMPAÑA FLORIDA

### I

Un estremecimientos tras el primer rugido  
que despertó los ecos en el confín dormido:  
parece que se abrieran las puertas de un ensueño;  
hay auras, en las auras una inquietud febril...  
y el éxodo se inicia bajo el azul sedeno  
cuando hacia la llanura parte el ferrocarril.

Todo se va quedando – la estación, el molino,  
la erguida torre blanca de gráciles veletas,  
los humildes tugurios apiñados en torno  
de la ciudad, los huertos que florecen...

En tanto

mil absortas pupilas contemplan nuestra marcha  
y mil fraternas manos tremolan los pañuelos:  
hay seniles adioses con blancura de escarcha,  
y adioses de quince años, y adioses pequenuelos...

En el vagón las ansias secretas del anciano  
responden, y la ingenua juventud triunfadora-  
cabellos blondos, labios propicios y maduros-  
la faz enferma y triste que el tiempo descolora;  
las fuerzas moribundas de los héroes oscuros  
que se bebieron toda la rabia del estío  
escorzando sus cuerpos sobre la carrillera;  
responderá a fiebre de los hombres huraños  
que van tras un delirio de libras esterlinas;  
y responden serenos unos ojos extraños  
ungidos con el óleo de las noches marcinas...

Quién me dirá la clave de las batallas mudas  
que están aquí?

Los labios se ponen en silencio,  
callan todos los ojos, callan todas las manos,  
los amores tempranos recatan su perfume,  
el odio que consume no se adivina; cruza  
tal vez bajo un ocaso de lumbre mortecina  
el ave nívea y grácil de la última quimera,  
o despierta una ronda triunfal de garzas leves  
que van al sol: en otros cráneos un cuervo enorme  
extenderá el plumaje siniestro; tú, atrevido



mozo franco de recia curvatura, te engries  
viendo abrevarse en lumbre de estrellas tu florido  
huerto interior de anémonas y rosas y alelies...  
puede que haya otras almas sin placer y sin pena,  
como un agua serena,  
como un agua serena...

El tren bajo la lumbre matinal enarbola  
su alegre banderola, y se llena el ambiente  
de flotantes penachos... ¡huele bien el saludo  
que lleva al aire el monstruo por sobre la pradera!  
Después, en una curva, de súbitos se enarca  
con un esfuerzo rudo  
cual un brazo gigante que se vuelve y que abarca;  
crujen todas sus vértebras de titán; por mi reja  
le miro huir llevándome hacia el confin arcano,  
y su plumón, que tiembla bajo e azul, semeja  
un ensueño imposible que siempre está cercano...

Hora de los presentimientos  
milagrosos y de las conmociones...  
Mi alma se abandona como las arpas bíblicas  
a los vientos del Norte y a los vientos del Sur...  
Mi alma es un gran lago que está bajo el Azur!  
Qué hálito marino la agitará?- ¿La lumbre  
de qué estrella tan pálida y remota  
vendrá a bañarse en ella, a la hora en que apenumbra  
los paisajes la noche meditativa? Sirio?  
Venus radiosa?- Una mujer fragante y joven,  
de cabellos dorados y de albura de lirio,  
viene de los países gloriosos del Ensueño  
hacia la grata paz de la ribera?  
Oye, alma mía,  
oye las voces del amor,

embriágate de todas las cosas – es de día,  
los cielos son azules y el campo da vigor...

A través de las claras ventanillas abiertas,  
sol gozoso y risueño, so de caricias leves,  
sol amable y benigno, pálido, con inciertas  
palideces de oro que agasajan y adulan,  
viene y me da sus ósculos y su misericordia:  
soy hermano de las cigarras  
que bebe sol, y de los becerritos:  
ellos y yo pasamos bajo el oro del día  
cantando alegremente lo que cantar sabemos,  
y el sol nos manda a todos su lumbre y su alegría!  
Su lumbre, rubia y trémula: ahora llena el campo,  
unge las yerbas verdes, unge las flores, unge  
de un milagro lumínico el cristal de las aguas  
y la piel marfileña de los bueyes que pacen:  
derrama ánforas de oro sobre la serranía,  
y aleja el horizonte...

Se abre ante mi espíritu estremecido el amplio  
panorama: una música le inunda de armonía,  
hay un perfume, una embriaguez  
a tierra y a mujeres y a piñas que maduran-  
salón de baile y grato cortijo montañés...  
Las cosas dicen versos inefables; el surco  
ríe bajo el espasmo de la semilla fértil;  
cada soplo del aura, cada flor, cada yema,  
cada suave repliegue del bosque florecido-  
está enhebrando estrofas sonámbulas y arcanas  
para que vengan todas hasta mi corazón,  
oigo un repique incierto de frágiles campanas,  
y mis ojos se ponen a llorar de emoción...

Cómo copiar la augusta diafanidad, los claros golpes de sol, el hondo secreto inconocido de la savia que pone palabras armoniosas en las eras, los gritos de amor y de lujuria...  
¡Cómo decir la intensa vibración que sacude mi espíritu y mi carne!

Oh paisaje halagüeño;  
oh llanura sin límites, hermana del ignoto milagro azul: oh sierras, o h lejano bohío, toisón de las ovejas, cendal de nieblas roto, vuestra voz ha erizado mi piel y tengo frío...

Pienso en la muerte: un dulce crepúsculo, impreciso momento en que se entornan los párpados, un viaje des los blancos linos del lecho hasta los verdes linos de la pradera...

Pienso en la muerte: es una comunión lisonjera-bajo la milagrosa diafanidad del éter-con este suelo ubérrimo, con esta tierra –virgen a cada parto –donde entre las altas rocas y la hierba florida un secreto inefable de creación se esconde.

Ahora sé la mágica palabra de la vida,  
y ahora estoy alegre de ser, bajo la lumbre del sol –bajo la lumbre perenne de mil soles- un átomo que viaja de lugar en lugar:  
acaso vibre un día con ritmo lisonjero,  
mi carne, hecha blancura del cálido azahar,  
maduro fruto oliente del joven naranjero,  
floración sensitiva de begonias tempranas,  
luciérnaga en las noches absortas del estío,  
vellón de los corderos, rayo de las mañanas,

mazorca en el arado, o espuma sobre el río...

Aun arde ante mis ojos –fulgente incendio- el claro  
paisaje, aún me embriagan su aroma y su armonía;  
dijérase un perenne milagro del amor,  
o lienzos fulgurosos de mágica redoma  
para adular un sueño; ¿Más dónde está el pintor?  
“Es Dios” –dirán los libros y las bocas seniles-  
“que como da su arrullo de miel a la paloma  
enciende con la aurora polícromos pensiles”  
Y su Profeta? (el Alto Señor no se revela  
con la luz sideral y brillante); Mahoma?  
Confucio? Budha? el pálido y terrible Zoroastro?  
¡Se apaga ya en la curva de los siglos su estela!  
¿Tendieron algún iris? –forjaron algún astro?  
¿por ellos bajo el beso de las tardes serenas  
hubo algo nuevo?- el roble que estaba en la planicie  
floreció a su conjuro?  
-Son burbujas apenas,  
burbujas que subieron hasta la superficie...

## II

El tren, en otra curva, de súbito se enarca  
con un esfuerzo rudo  
cual un brazo gigante que se vuelve y que abarca;  
crujen todas sus vértebras de titán: por mi reja  
le miro huir llevándome hacia el confín arcano  
y su plumón, que tiembla bajo el azul, semeja  
un ensueño imposible que siempre está cercano...

Después ya no se copia su escorzo en mi pupila;  
apenas sí los raros perfumes de su aliento

se mezclan al polifono rumor de la mañana...

Más allá de los recios cantiles, hay un puente  
que aguarda en el sendero cual un vértigo: pero  
cuando se oye un terrible fragor de cataclismo,  
ya hay un paisaje nuevo delante –se diría  
que el raudo monstruo pasa tragándose el abismo.

Hora de los presentimientos  
milagrosos y de las conmociones!  
El campo es impasible, mi alma está despierta-  
oye, alma mía, oye las voces de dolor...  
En la última distancia del camino, a lo lejos,  
donde se erige el suave repliegue de un alcor,  
hay cien hombres... se agrupan junto a la carrilera,  
tienen picas; las picas despiden mil reflejos:  
y de entre el grupo surge, cual un grito bravío,  
de pronto, el escarlata color de una bandera.

Son los héroes oscuros,  
los que se beben toda la rabia del estío  
poniendo los remaches sobre los rieles duros...  
Aquel, endeble y trémulo, en cuyo rostro grita  
la anemia, bajo el odio de los rayos solares  
muestra una breve juventud marchita;  
este, de labios belfos y de mirada negra,  
parece estar oyendo rugir la dinamita  
bajo un palacio... ¡hay unos más jóvenes, alegra  
el secreto alborozo de sus años floridos,  
tiene vigor y un algo de carmin en la boca  
son los reciénvenidos-  
más ya se pondrán pálidos horadando la roca.  
Otro –tal vez ha sido piadoso, heroico, blando  
se encorva cual un viejo: le venció la fatiga

y con el alma llena de encono está esperando...

¿Qué árboles copados os dan su sombra amiga?  
qué amor viene a vosotros los hijos de la gleba?  
nos parecéis hermanos  
de los troncos enhiestos y del monte que lleva  
azul ropaje sobre sus cármes tempranos,  
y son vuestros espíritus cual árboles de otoño-  
en las venas enjutas languideció la savia-  
ni una hoja verde ni un retoño,  
y en vez de flores una parásita: la rabia!

El hambre os hace guiños de horror; y sin embargo,  
mirad allá –los bosque incultos do revienta  
el germen lujurioso bajo feraz letargo  
y donde silban todas las sierpes y las rachas.  
¿No tenéis herramienta?  
Ah, sí, ni pan... ni blusa...  
...Surgieran los bohíos,  
y al golpear harmónico de las cortantes hachas  
que llenan el silencio de su clamor robusto,  
mientras fueran doblándose los árboles umbríos  
vibrara un himno alegre de músicas de gloria...  
-¡Señuelo de oro, mágica epopeya ilusoria!

¿No habrá piadosas manos que alarguen el acero  
propicio? Se vislumbra la aurora que redime,  
sobre la patria colombiana?  
-Oigo voces que surgen de la extensión. Oprime  
los corazones ese bullicio... La mañana  
se va tornando obscura...  
De las playas remotas  
vienen los hombres rubios. Con las manos abiertas  
señalan los oteros y los valles. Sus botas

hacen crujir el césped. ¿Quién les abrió las puertas?  
Ya están aquí. Famélicas legiones de proscritos,  
llegan a la conquista del pan. Sobre sus carnes  
han mordido las rachas hiperbóreas. Dan gritos  
de júbilo ante el bosque tropical, ante el raudo  
riachuelo de albas fugas en la llanura verde,  
y ante nuestras montañas opalinas  
de fulgorosa cumbre que en el azul se pierde...  
Han de explorar el valle, las costas, las colinas  
y el misterio sombrío de la virgen floresta  
en pos del áureo grano de lucientes fulgores-  
y luego, en una noche de cántico y de fiesta,  
enflorarán el gesto ritual de los Señores...

Vosotros, pobres hordas del trópico, entre tanto,  
temblad! –acaso vengan el sable, los fusiles,  
mas no las hachas. –Hombres titánicos del Cauca,  
hombres que véis la testa del Huila o del Tolima,  
hombres que echáis el busto sobre la onda glauca  
del Atrato sereno; afanosas legiones  
sin pan que váis huyendo de mi tierra antioqueña-  
Arcadia donde sólo son cuatro las mazorcas  
en los maizales verdes, temblada! –La hembra fecunda  
os dará sus renuevos cual único tesoro  
de bien... mientras clarea  
sobre los horizontes un destello lejano,  
un destello lejano...

Ha de sonar la hora  
de redención. Se inicia con un fulgor de idea;  
alumbrar un Caballero de musculosa mano  
el abierto sendero del porvenir. Hermano  
de la turba que llora  
sin pan y sin cabaña,

sin libro y sin derechos,  
tiene la fe que puede trasladar la montaña  
y romper altos árboles cual endebles helechos.  
Tras él vendrá una ronda de heroicos infanzones  
a alzar un edificio de columnas de piedra-  
son los bravos apóstoles de enormes corazones,  
la hoguera de sus almas refulge como el fuego,  
en el combate nada su altivo arrojo arredra,-  
y pasarán gritando- como Maín Ximénez-  
el verbo luminoso del amor, aunque luego  
la enseña del martirio les exorne las sienes...

### III

Audaz escorzo, crujen los breques, las cadenas;  
hay un ruido extraño que el corazón conturba-  
la roja sangre quiere saltar de entre las venas...  
era apenas la breve gimnasia de una curva.

Mis ojos están ávidos de mirar. La ventana  
me muestra un llano, donde  
por entre las malezas un tropel de terneros  
huye –cual una ronda de exóticos jaguares-  
alzando los crinados penachos de la cola,  
hacia el amor umbrío de los verdes palmares.

Y el tren aún lleva en alto su regia banderola...

Radiante el claro cielo, radiantes las campañas,  
los árboles lozanos de juventud, la augusta  
canción de la pradera que se canta a sí misma...  
serpea un senderuelo fugitivo y distante...  
está llorando un muro que se arruina, y le cubre,



cual un delirio póstumo, la rama triunfadora  
de soberbios caireles y de flores bermejas...

Surge un humo de en medio del bosque, y se diría  
la zarza de Moisés en el desierto,  
que va a emprender su alegre llamarada  
ante los graves ojos de la llanura absorta...  
-en fondo blanco, un número que no me dice nada:  
¿la milla 26 qué me importa?

Más allá del encono de las cercas de alambre  
un labriego camina delante de su yunta  
tez morena, ancha espalda, los ojos sin afán  
donde a la negra noche la luz del sol se junta,  
y en la boca, los cantos rítmicos del gañán.

Gañán, heroico y noble gañán, que vas al paso  
de tu yunta bizarra, con ánimo tranquila,  
mientras rueda el sonoro retintín de la esquila  
bajo el cielo de azur y de raso:  
vienes a la campaña con el fulgor que asoma  
y diluye las nieblas y los montes perfila,  
ni se amaina tu fuerza ni tu pecho se doma  
en la ruda labor de tu surco. Al ocaso  
buscarás tu sendero con el alma conforme,  
-y después, en la paz de la noche uniforme  
que protege con suave penumbra las eras,  
tu mujer, tu robusta mujer montesina,  
te dará la fragancia de su boca ambarina-  
y así serán tus años hasta cuando te mueras...

Yo he buscado la savia generosa, y es vano  
todo para el espíritu: el libro nos fatiga,  
la algazara del raudo festival nos fatiga

y el misterio sombrío del pensamiento arcano,  
las hembras ponen cercos de abrojos y hortiga...  
tan sólo el campo guarda la rica miel secreta  
para saciar el hambre y la sed del poeta...

Gañan, dime el misterio del surco y de las greyes,  
enseñame la honda canción de tu barranca  
y el verbo que hizo mansos los ojos de tus bueyes;  
yo te diré la esencia de mi sabiduría:  
los sueños son azules y la tristeza es blanca,  
y es dulce, como cinco panales, la poesía...

Desfilan ágilmente los postes del telégrafo  
en una interminable y arisca procesión...  
un rugido, la fuerza se va apagando, ahora  
repica abiertamente la campana sonora...  
tres minutos! –tenemos en frente una estación...

Breve acuarela: chozas de lacias pajas grises,  
sereno arrobamiento crepuscular, palmeras  
en donde el aura enreda su rara sinfonía,  
la ruta misteriosa  
que va a buscar el hondo silencio campesino,  
ventanas entreabiertas,  
y en el linde postrero de la calle, un pollino...

Pasan auras de vida por sobre el agorero  
silencio ... Rostros pálidos asoman –unos ojos  
llenos de extraña claridad,  
unas bocas que hablan de cálidos antojos;  
unos cabellos, símbolos de luenga ancianidad...

Tres minutos... y luego por una larga recta  
rompe a volar el monstruo...  
Sobre la roca erecta  
surgen las dos más ágiles cabritas de un rebaño;  
hay un turpial diciendo sus églogas de oro  
al aire libre; corren hacia el confían dos granjas;  
de en medio de los palmares está mirando un niño-  
(debe tener los ojos ufanos y las manos  
unciosas ese niño:  
el sol quizá se quiebre sobre su cabellera  
para tornarla la impoluta blancura columbina  
del cuello y de la frente,  
y acaso esté riendo la fresa purpurina  
de sus labios) un árbol sin ramas se avecina;  
bajo su urdimbre pasa cantando, en su jumento,  
un hombre rudo y grave de rostro ceniciento;  
sobre del risco en honda quietud arrebuñado,  
el humo es una dulce plegaria matinal...  
-más ya no se ve niño, ni granjas, ni ganado,  
ni labriegos, ni rocas erectas, ni turpial...

El alma del paisaje se va poniendo enferma,  
una aridez de fiebre cobija la llanura,  
apenas si ramúnculos de savia exigua asoman...  
la vista en vano giro buscando los risueños  
árboles que florecen...  
Dijérase que un hondo rencor desconocido  
se esconde aquí –dijérase que más allá del tiempo  
algún Jehová de enormes venganzas llovería  
lumínicos diluvios sobre este campo... en torno  
la arena envía un hálito de horno...

El tren avanza al término del viaje. Lentamente

se va iniciando en una borrosa lejanía:  
dobló una curva... luego sus músculos afana,  
de un rugido... a lo lejos le espera la estación,  
extiende hacia el paisaje la voz de su campana,  
y como que se muere su férreo corazón...

Hora de los presentimientos  
dolorosos y de los éxtasis...  
Oye, alma mía, oye la ronca voz del Mar...  
has venido buscándole desde los patrios riscos...  
los nervios se sacuden y empiezan a vibrar....

No hay líneas que recorten la inmensidad sombría  
para tender las alas y reclinar los ojos;  
ante esta voz ¡quién alza los puños o las voces!  
aquí no se oye nada, aquí no se ve nada...  
aquí naufragan todos los sueños y las fuerzas...  
Y de ese enorme ocaso que la fatiga vierte,  
parece que emergiera un hálito de muerte...  
un hálito de muerte...